

# RETIRO DE FRATERNIDAD



*Con el corazón y la mente vueltos al Señor*

## PALABRA DE DIOS Y ORACIÓN

### 1. Una mirada de conjunto

a - En nuestra vida de oración escuchamos a menudo la Palabra de Dios: basta pensar en las lecturas de la Misa, en la Liturgia de las Horas etc.; ordinariamente, pues, **escuchamos ya mucha palabra de Dios**, incluso sin tener que buscar momentos excepcionales. Podríamos indagar sobre esta escucha de la Palabra, a partir de lo que ya existe, para descubrir mejor lo que puede significar en nuestra vida.

b - Dentro de mí descubro el deseo de que mi oración llegue a ser cada vez más una palabra «mía», que brota de mi centro más auténtico, una palabra mía que, desde Dios, libera y transforma mi yo más personal. Tenemos también una larga experiencia de lo estéril de una oración reducida a monólogo, sea en forma de devoción, de ideología o de moralismo.

c - En este diálogo vital con Dios, cada uno de nosotros quisiera lograr comprender la Biblia como palabra viva, verdadera, «propia», para captar en ella la voz y la presencia misteriosa y activa de Dios. Cuando hablamos de «la Palabra» nos referimos espontáneamente a la Biblia, pero quizá **tenemos grandes dificultades para percibir en la Biblia una correspondencia vital**, una historia, la vida resucitada, una presencia personal... La Biblia va perdiendo quizá intensidad y aliciente en nuestra vida y en nuestra oración, tras el entusiasmo del descubrimiento (o redescubrimiento) de la Palabra, ocurrida hace años.

d - Más allá de los límites precisos de la Biblia, se trata de descubrir en el hombre y en el mundo **un lugar de oración, es decir, lugar de escucha de aquella palabra personal y salvadora de Dios, «en quien vivimos, nos movemos y existimos»** (Hch 17,28). Se constata el recurso cada vez más frecuente a textos no bíblicos, antiguos o modernos, o la apelación a la vida en general como lugar y mediación de la oración; pero sigue en pie la dificultad de una escucha profunda y de una oración que sepa escuchar esta palabra en la vida.

### 2. La Palabra de Dios en la vida de Francisco

Su vida, en efecto, estuvo marcada toda ella por la Palabra. Al inicio de su andadura evangélica fue la Palabra la que le mostró lo que debía hacer, (Cf. 1Cel 22) y al final de sus días sería, también, la Palabra la que le acompañaría en su glorioso tránsito (Cf. 1Cel 110). La Palabra fue para él compañera de camino en todo momento, hasta dejarse penetrar totalmente por ella: **Estoy tan penetrado de las Escrituras que me basta, y con mucho, para meditar y contemplar. No necesito de muchas cosas, hijo: sé a Cristo pobre y crucificado** (2Cel 105). Nada extraño que todos sus Escritos, desde las *Oraciones* a las *Reglas*, pasando por las *Cartas* y las *Admoniciones*, estén llenos de citas bíblicas, hasta presentarse como verdaderos y propios mosaicos escriturísticos. La Palabra del Señor está *perfumada* y Francisco está embriagado de su fragancia (Cf. 2CtaF 2-3).

El *simple e idiota* Francisco, como él mismo se solía presentar (Cf. CtaO 39), sin mayor instrucción, es decir, sin una formación propia del clérigo o del letrado de entonces, **tenía un conocimiento tal de la Palabra que penetraba la oscuridad de los misterios, y aquello que permanecía inaccesible a la ciencia de los maestros se abría al afecto del amante** (2Cel 102). Él, sin ser *maestro en el hablar*, resolvía cuestiones dudosas, y, como Job (cf. Job 28,11), hacía luz en los puntos oscuros, logrando desentrañar cuanto el texto escriturístico escondía a los estudiosos.

¿Cómo era posible todo esto? La respuesta nos la ofrece el mismo san Buenaventura: **Nada extraño que el Santo recibiera de Dios la inteligencia de las Escrituras, ya que por la perfecta imitación de Cristo llevaba impresa en sus obras la verdad de las mismas, y por la plenitud de la unción del Espíritu Santo poseía dentro de su corazón al Maestro de las sagradas letras** (LM 11, 2).

Si a Dios sólo se le conoce amándole (Cf. San Gregorio Magno), **Francisco conoce a Dios y los secretos de Dios ocultos en la Palabra porque ama**. Si el Padre revela sus secretos a los sencillos (cf. *Lc* 10, 21-22; *Dn* 2, 22; *Si* 4, 18), Francisco conoce esos secretos porque **escucha la Palabra con corazón pobre y disponible, como María** (cf. *Lc* 2, 19. 51). Si se conoce la Palabra en la medida en que se pone en práctica, Francisco la conoce porque **no era oyente sordo de la Palabra, sino que se apresura a vivirla sin tardanza: Esto es lo que ansío cumplir con todas mis fuerzas** (*TC* 25; cf. *1Cel* 22). Su conocimiento de la Escritura no era un conocimiento especulativo, sino sapiencial. Para él, la Palabra no era un texto de ayer, sino **de hoy**, y para el hoy de Francisco, como lo demuestra cuando dice: *el Señor dice en el Evangelio...*, y *no en aquel tiempo dijo Jesús*, como era normal citar los dichos de Jesús. Francisco no ha *estudiado*, si no que ha *vivido* la Palabra, con *simplicidad y pureza*, tal como declara haber escrito su *Regla*, que quiere ser sólo un eco del Evangelio (Cf. *2Cel* 208)...

Pero Francisco creció en la comprensión de la Palabra **gracias a la meditación asidua de cuanto había escuchado**. Era tan fiel a esta práctica que no podía renunciar a la escucha de la Palabra ni en los días de su enfermedad.

Lo demuestra de especial modo el hecho de haber mandado escribir un evangelario para su uso. De este modo la Palabra, escrita en la Antigua Alianza sobre piedra (cf. *Es* 31, 18), se iba gravando ahora en su corazón (Cf. *2Cel* 102) gracias, también, a la memorización de cuanto escuchaba. Esto le permitía meditar y saborear constantemente la Palabra, aún sin tener delante el texto, y permitía a la Palabra germinar y fructificar cotidianamente en la vida de Francisco.

No es de extrañar, por tanto, que en la Palabra, Francisco encontrase el dinamismo más profundo de su vida evangélica, el motor de arranque de su camino espiritual. Él, al igual que los Padres de la Iglesia, leyendo la Biblia no leía simplemente los textos escritos con mano de hombre, sino a **Cristo viviente, y Cristo le hablaba**. Encontrándose con la Palabra, el *Poverello* no se encontraba con un texto para ser interpretado, sino ante Cristo mismo, que **pide ser escuchado. Para él, escuchar la Palabra no era leer un libro, sino acoger al Cristo vivo**, participar en el Banquete de la vida donde es Cristo mismo quien se hace nuestro alimento. Dios se ha hecho hombre, Dios se ha hecho Eucaristía, Dios se ha hecho Palabra. Por eso Francisco se nutría de la Palabra, como del Pan y del Vino eucarísticos, y la Palabra se le ofrecía con la profundidad de Cristo: *Entremos de madrugada en la iglesia* –dirá a Bernardo–, *y pidamos consejo a Cristo, con el Evangelio en la mano* (*2Cel* 15). Esta verdad explica tantas cosas en la vida de Francisco.

Para Francisco las *Santas Palabras* son *signos* sensibles de la Presencia real –, actual y vivificante de Cristo, como lo son el Pan y el Vino eucarísticos. Para él, la Palabra, como la Eucaristía, son una prolongación de la encarnación (*CtaCl* 1-3). En la Palabra, como en la Eucaristía, Dios se revela y actúa; la Palabra, como la Eucaristía, nos acerca al corazón de Dios y nos salva.

Acoger la Palabra es acoger la Vida, rechazar la Palabra es rechazar la Vida que se nos ofrece también, y sobre todo, en la Eucaristía (Cf. *2Cel* 209). Hasta a nosotros, acostumbrados a leer esta verdad en los documentos del Vaticano II (Cf. *DV* 21), no deja de sorprendernos tal parangón.

Para Francisco es una evidencia de fe: ***Y a nadie de nosotros quepa la menor duda de que ninguno puede ser salvado sino por las santas palabras y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, que los clérigos pronuncian, proclaman y administran*** (Cf. *2CtaF* 34).

Esta fe en la presencia real de Cristo en su Palabra es la que explica la profunda veneración de Francisco por la Palabra: ***Amonesto por eso a todos mis hermanos y les animo en Cristo a que, donde encuentren palabras divinas escritas, las veneren como puedan, y por lo que a ellos toca, si no están bien colocadas o en algún lugar están desparramadas indecorosamente por el suelo, las recojan y las pongan en su sitio, honrando al Señor en las palabras que él pronunció*** (*CtaO* 34). Y lo que pidió a sus hermanos lo hizo el mismo, como lo anota el hermano León de su puño y letra en el breviario: *Oído o leído el Evangelio, el bienaventurado Francisco besaba siempre el Evangelio con la máxima reverencia del Señor*. Es la expresión exterior de una actitud profundamente creyente ante la Palabra de Dios.

Por otra parte, para Francisco el acontecimiento de la Palabra permanece siempre profundamente radicado en su dimensión eclesial. De la Iglesia, Francisco recibe la Palabra y de la Iglesia la luz para interpretarla (Cf. *1Cel* 22). Para el *Poverello* la Palabra es dada a la Iglesia y en ella crece por la fe y la comunión de los creyentes. La convicción de la eclesialidad de la Palabra le lleva también a *honrar y venerar a todos los teólogos y a los que nos administran las santísimas palabras divinas, como a quienes nos administran espíritu y vida* (*Test* 13). La comprensión de la Palabra queda así inserta en la vida de la Iglesia.

### 3. Claves de interpretación, en las CC.GG. y en las Fuentes franciscanas

#### a — El *art. 22 de las CC.GG.* responde a nuestros interrogantes, individuando algunos elementos de la estrecha correlación que hay entre Palabra de Dios y oración:

§1 *Comoquiera que nuestra vida y Regla consiste en la observancia del santo Evangelio, dedíquense los hermanos a la lectura y meditación del santo Evangelio y de las demás Sagradas Escrituras, de modo que, progresando en la inteligencia de la Palabra de Dios, logren con mayor plenitud la perfección de su estado.*

§2 *Como seguidores de san Francisco, manifiesten los hermanos la máxima veneración hacia «los santísimos nombres y palabras del Señor y consérvenlos reverentemente». Tengan también sagradas celebraciones de la Palabra de Dios, tanto en la fraternidad como con el pueblo de Dios.*

#### **Fundamento: el Evangelio como definición de la vida.**

Nuestra «*vida y Regla*» tiene como fuente y centro, como contenido y meta, el Evangelio, la gozosa palabra encarnada (art. 22 §1; RB 1,1). **Regla, vida, Evangelio:** la verdad del hermano menor está en la estrecha correspondencia de estos tres elementos, vivida desde dentro.

#### **Mediación: la meditación de la Palabra.**

La Palabra nos impide el querer orar bajo control propio. Nos mantiene en realismo, pobreza y disponibilidad ante el misterio del Amor. La Palabra debe ocupar por ello el centro y, en el centro personal, hacerse oración y labor cotidiana: la Palabra debe ser leída y meditada (art. 22 §1), venerada, conservada como fuente de ser y celebrada como gracia, como buena noticia para nosotros y para el pueblo entero (art. 22 §2; Test 12); para ello, «*dedíquense*» (art. 22 §1); «*solicitos..., dedíquense cada día*» (art. 24).

#### **Objetivo: la perfección como progreso en la comprensión.**

**Comprensión de la Palabra, progreso, perfección** (art. 22 §1): la conexión de estos tres términos está cargada de significado. Entender desde el corazón exige ser fiel a la propia historia y momento, y ello es exigencia de la Palabra misma. La perfección es un ideal que nos mantiene en tensión y deseo, por una parte, y atentos a la voz discreta de Dios en nuestra propia vida, por otra.

#### b - *Interpretar la Palabra con la vida, interpretar la vida con la Palabra.*

Francisco nos ofrece un modelo de interpretación de la Palabra. Él, cuando escucha el Evangelio, trata de ponerlo en práctica y de esta práctica de la Palabra nace una comprensión más profunda: **con la vida interpreta la Palabra y con la Palabra ilumina la vida.**

Pensemos en la escucha del Evangelio en la Porciúncula: la Palabra escuchada lo hace cambiar el hábito, pero el cambio de hábito lo ayuda a entender que la Palabra le pide mucho más, y así sucesivamente, en un círculo entre Palabra y vida.

Lo mismo acontece en San Damián: la Palabra del Crucifijo lo invita a restaurar la iglesia, y Francisco la pone en práctica concretamente, restaurando la pequeña iglesia, mas aquella acción le revela que la restauración pedida es mucho más grande. También aquí la Palabra del Señor puesta en práctica se convierte en la fuerza motriz de un círculo vital entre Palabra y vida.

#### c - *Una estrecha relación con la Palabra.*

Francisco, que se decía ignorante e iletrado, demuestra, sin embargo, cultivar una relación estrecha con la Palabra, que lee, aprende de memoria y cita a menudo. No es primeramente un conocimiento escolar, sino un conocimiento vital, una exigencia profunda.

La Palabra, en efecto, no sólo es mensaje, sino también voz, presencia, acto, fuerza transformadora. Por eso, para que resuene, se requiere a la vez lectura, meditación y contemplación: las tres.

El hermano León, en la nota autógrafa colocada en el Breviario de san Francisco, escribe que Francisco había hecho agregar al Breviario un «Evangelionario», para poder hacerse leer cotidianamente el pasaje evangélico de la Misa del día, cuando no podía participar en la celebración.

Si leemos los textos de Francisco, nos damos cuenta de que están entretejidos de la Palabra de Dios, y que no se trata de simples «citas» externas, para embellecer el discurso, sino de la estructura misma de su hablar: él habla con la Palabra de Dios, ¡que es su palabra! Llama particularmente la atención el hecho de que cuando Francisco escribe un texto de oración «espontánea», como el *Oficio de la Pasión*, lo hace usando sólo palabras bíblicas (salmos, sobre todo), adoptando incluso el esquema de la Liturgia de las Horas. La Biblia y la Liturgia las había asimilado hasta el punto de plasmar incluso su hablar «espontáneo» con Dios.

Para que la Biblia se convierta en fuente de una oración auténticamente personal, es preciso que redescubramos la dimensión profundamente divina, humana y universal de aquélla. La Palabra de Dios irrumpe desde el corazón mismo del hombre, ayer y hoy.

#### 4. Sugerencias aplicativas

- 1 - Una actitud de escucha y de oración podemos aplicarla también a otros textos fuera de la Biblia, sobre todo a los acontecimientos de la vida, donde Dios también nos habla directamente. A ejemplo de Francisco, que en su *Testamento* relee toda su historia personal como don de Dios («*el Señor me dio... el Señor me reveló...*»), también nosotros estamos invitados a leer la Palabra de Dios en nuestra historia.
- 2 - A menudo sucede que escuchamos la Palabra de Dios sólo «**para los demás**», para preparar homilías, para ayudar a los demás a entender el Evangelio, por motivos relacionados con el ministerio y la pastoral, con el peligro de una escucha meramente «**profesional**» de la Palabra. ¿Tenemos momentos en los que escuchamos la Palabra de Dios «**para nosotros**» y no para los demás, tanto individualmente como en fraternidad?
- 3 - Podría ser útil tratar de expresar en palabra -escrita o, mejor aún, hablada ante los hermanos— la propia oración.
- 4 - Considerando el *Oficio de la Pasión* de san Francisco, podrías tratar de elaborar un texto de oración a partir de un salmo, o componer un texto entretejido con la Palabra de Dios que más te impacta.
- 5 - Si soy uno que más bien lee los comentarios exegéticos sobre la Palabra en vez de la Palabra misma, podría ser útil dejar de lado los comentarios para confrontarme sencillamente con la Palabra. Si, en cambio, soy uno que no lee ningún comentario bíblico, sería conveniente estudiar uno (¡estudiar más que leer!) para volver, después, con sencillez, a escuchar la Palabra.
- 6 - Considerando la exhortación de Francisco a «**conservar decorosamente los santísimos nombres y las palabras del Señor**», preocupémonos de que los libros litúrgicos que contienen la palabra de Dios se conserven en un lugar decoroso.
- 7 - En nuestra *Regla* (cap. 2), se prescribe que a cuantos vienen a nosotros para tomar esta vida, los hermanos «*les digan la palabra del santo Evangelio: que vayan y vendan...*». ¿La fraternidad es para nosotros el lugar en donde podemos decirnos mutuamente la palabra del Evangelio; podemos encontrar momentos en los que nos digamos fraternalmente la palabra del Señor y profundizarla juntos?

#### 5. Preguntas para la reflexión

- \* ¿Qué significado tiene y puede tener la Palabra de Dios en nuestra vida? ¿Hemos previsto en el proyecto comunitario espacios y tiempos propicios para el silencio que escucha, y el compartir la Palabra?
- \* ¿Qué prevalece en mi oración con la Palabra: el texto, el mensaje, la voz viva, la presencia misteriosa...? ¿Prevalece el monólogo o el diálogo?
- \* Francisco vivió en clima de escucha atenta de la Palabra y ésta transformó su vida. Nada extraño que en las últimas exhortaciones a los hermanos recomendó el *Evangelio por encima de todas las demás disposiciones* (2Cel 216).
- \* A la luz de lo dicho es bueno que nos preguntemos: ¿cómo me comporto ante el texto de la Escritura? ¿Qué actitudes interiores y qué comportamientos exteriores tengo hacia la Palabra de Dios? ¿Cómo entiendo la relación entre Palabra de Dios e Iglesia? ¿Qué aspectos tendré que aclarar y reforzar en mi relación con la Palabra?

#### 6. Sugerencias para la lectura

❖ Adm 7;  
❖ Test 12-13;

❖ CtaO 6-7  
❖ TC 25-29.